

Iconoflias Si se dice que la guerra es la continuación de la política por otros medios, ¿qué son entonces las peleas entre parlamentarios?

Broncas parlamentarias

JORDI BALLÓ

¿Por qué se pelean en público los miembros de un parlamento o de un senado? ¿Es una respuesta visceral o una provocación calculada? En cualquier caso es una *performance* con reglas repetitivas, un tipo de comportamiento que atraviesa las democracias representativas de todo el mundo, aunque se puede considerar en principio que los actos de más violencia verbal, o incluso física, se dan más en democracias de menos recorrido que no en las más asentadas. Una pelea a gritos en el Senado norteamericano es menos esperable que en el parlamento ucraniano, por poner un caso reciente. Pero pese a la imagen de democracia decadente que una reyerta de este tipo puede ofrecer al público de un país o a un público internacional, alguna fuerza mayor debe recorrer el cuerpo y la mente de diputados y senadores cuando se disponen a vociferar y a actuar violentamente, sabiéndose parte de un espectáculo y olvidándose de este peligro degradador. Cuando uno ve este tipo de actuaciones no puede dejar de pensar que esta sobreactuación revoltosa contra el enemigo parlamentario debe ser algo que los que la hacen consideran útil, aunque sea difícil saber para qué y para quién.

Pero analicemos estas actuaciones en clave dramática. Si tomamos como patrón el reciente espec-

idea de la oportunidad irreplicable. Era ahora o nunca. Con lo cual podemos ya inducir una segunda característica: en toda bronca parlamentaria hay mucho de resentimiento por sentirse inferiores o ninguneados. Cuanto más grita un parlamento más se prueba la autoconciencia de su inutilidad.

Grupos confrontados

Fijado el objetivo primero, la bronca parlamentaria necesita un momento concreto para hacerse patente. Es decir, no es una bronca que se precipite desde el principio porque entonces parecería un contubernio planificado al estilo del asesinato de César. En la bronca parlamentaria tiene que parecer que todo es casual e improvisado, y se necesita, por tanto, un hecho inductor, un gesto, unas palabras o una resolución capaz de provocar una respuesta violenta de manera que pueda legitimar la santa ira del colectivo. En el caso del Senado se consideró este hecho inductor el fin del discurso de Zapatero y el hecho que los senadores socialistas lo aplaudieran puestos en pie. Este ánimo forzado fue considerado suficiente por el grupo enemigo para iniciar otra ofensiva colectiva, dando porrazos a las mesas y entonando gritos unidos de dimisión. Hay que decir que a diferencia de otros espectáculos parlamentarios donde la agresión es individual, aquí se

Una vez fijado el objetivo a abatir, la bronca parlamentaria necesita de un hecho inductor capaz de legitimar la ira, para que parezca casual

táculo en el Senado español, podemos individualizar los diferentes pasos argumentales de toda bronca parlamentaria. En primer lugar necesitamos un objetivo personal, alguien en quien hacer recaer gritos u objetos. No quiere decir que este personaje sea el destinatario único de la violencia que se va a crear contra él, pero sí que debe ser el mediador que incendie los ánimos, el que sirva de catalizador de la representación. En el caso del Senado español, este personaje era Zapatero, que reunía varias virtudes para encarnarlo: estaba tocado y además acudía a un lugar poco habitual en él, y por tanto los senadores del PP que lo abroncaron se debieron sentir animados por la

mantuvo un cierto orden estético, casi escolar: todos en sus pupitres, acosando al objetivo presidencial. En esta guerra civil parlamentaria, los defensores se mantuvieron de pie y aplaudiendo, como un muro simbólico que apagara las voces dimisionarias del contrapoder. A diferencia de los argumentos clásicos, este conflicto dramático se sabe irresoluble, a menos que se envíe al ejército a ocupar los bancos. Pero como los senadores no piensan en ser desalojados, se conforman con ser regañados por el presidente de la Cámara, que les advierte de su baja moral. Su gesto forma parte del guión: es la forma parlamentaria de levantar la sesión y preparar el siguiente asalto. |



Senado. Primer acto. El Presidente del Gobierno ha terminado su alocución y los de su grupo lo apluden en pie. ¿Una forma de protección contra lo que ya se ve venir? Esta guardia pretoriana seguirá aplaudiendo, para acallar las otras voces



Segundo acto. Los senadores del PP instigados por gestos de sus líderes, protestan airadamente, golpean la madera de sus escaños y gritan al unísono frases de dimisión. El Senado se convierte así en zona de manifestantes enfrentados



Tercer acto. Para zanjar el conflicto irresoluble, el presidente de la Cámara amonesta a sus señorías. Su gesto forma parte también del espectáculo, porque cada vez más lo que es noticiable de una sesión solemne es su extravagancia

Cuerpo a cuerpo. En el Senado italiano no es extraño el enfrentamiento violento, fruto muchas veces de la decepción y la impotencia. Una exhibición de lucha atávica que sólo se entiende por la conciencia de los parlamentarios de que el poder real discurre por otros escenarios



Guerra de objetos. Las imágenes de los parlamentarios de Ucrania enfrentándose a golpes, gritos y huevos, creó un nuevo imaginario de la enfermedad europea. La mayoría tomó una decisión que la minoría contestó. Y empezó una guerra de objetos ridícula, con algo de siniestra premonición

